

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 24 DE JULIO DE 1932.

NÚMERO 30.



El verdadero Robinson

¿Quién de los muchachos, que leen EL AMIGO, no conoce el Robinsón?

¿Y quién que haya leído su historia no ha sentido un vivo interés en sus aventuras? Seguramente, sin embargo, muchos habrán preguntado ya: ¿pero todo esto es verdad?, ¿ha existido este Robinsón?, ¿y le habrá ocurrido todo lo que cuentan de él? Voy a contestar a estas preguntas.

Un hecho verdadero ha dado origen a la historia de Robinsón, pero muchas de las aventuras son inventadas, fantasías de los autores y poetas.

El lugar donde ocurrió la verdadera historia de Robinsón, es la pequeña isla de Juan Fernández, al Oeste del América del Sur, en el Océano Pacífico, no muy lejos de Valparaíso, que ahora pertenece a la República de Chile.

En el año 1708 salieron dos buques del Puerto de Cork, de Irlanda. La tripulación de estos barcos se había propuesto robar y saquear las posesiones españolas situadas en la costa occidental del América del Sur. El capitán que dirigía esta empresa se llamaba Rogers y el médico que acompañaba los buques y capitaneaba uno de ellos se titulaba Dr. Dover.

Los dos navíos de estos piratas—porque en realidad no eran otra cosa—llegaron a la isla de Juan Fernández el 31 de Enero de 1709. En aquellos tiempos, muchos piratas arribaban allí para proveerse de agua y comestibles. Durante la noche, los ingleses vieron fuego en la isla, y ya pensaban que los

españoles habían puesto una guarnición en aquella isla completamente desierta hasta entonces, pero también podía haber sido la tripulación de otro barco extraño que hubiera encendido una hoguera.

Al día siguiente, el médico del barco, Dr. Dover, acompañado de seis hombres armados, se puso en camino para examinar la isla y averiguar el origen del fuego. Pronto volvió, y el Capitán Rogers hizo el siguiente informe sobre lo que habían descubierto: “Los que marcharon al interior de la isla han traído un gran número de langostas de mar, y, además, un hombre vestido de piel de cabra, que tenía un aspecto más salvaje aún que los animales, cuyas pieles le cubrían. Era un escocés, Alejandro Selkirk, que había sido contramaestre en otro buque corsario, y al que habían dejado abandonado en la Isla el Capitán Stradling, unos cuatro años y cuatro meses antes.”

Un marinero de la tripulación de Rogers ya había conocido antes al contramaestre Selkirk, y al asegurar que Selkirk había sido uno de los mejores hombres del barco, el capitán Rogers le ofreció el puesto de contramaestre, que Alejandro aceptó gustoso.

El relato de Rogers continúa en los siguientes términos: “El buen escocés, al ver nuestros barcos, que en seguida reconoció como ingleses, había encendido el fuego que habíamos visto en la isla. Anteriormente ya había visto pasar unos barcos de vela, pero solamen-

te dos habían anclado cerca de la isla. No sabiendo a qué nación pertenecían, se acercó a la playa para averiguarlo, pero algunos españoles que habían desembarcado apuntaron sobre él en cuanto le vieron, persiguiéndole hasta los bosques, donde Selkirk se subió a un árbol para que no le descubriesen. Lo consiguió, aunque los españoles reconocieron los alrededores del árbol y mataron allí unas cabras. Nos confesó que hubiera preferido rendirse a los franceses, si hubiera venido un barco de esta nacionalidad, o morir en la isla, antes de entregarse a los españoles, que seguramente le habrían matado o condenado a trabajos forzados en las minas. Además, nos contó que había nacido en Fargo, en la provincia de Five, en Escocia, que había sido marino desde su infancia y que, por fin, debido a una querrela con el Capitán Stradling, éste le había dejado abandonado en la isla de Juan Fernández”.

Las aventuras de Selkirk fueron descritas primeramente por el capitán Rogers, conforme a lo que el mismo desterrado había referido. Se publicaron por primera vez en el año 1712. El contenido esencial de este relato es como sigue:

Abandonaron a Selkirk dejándole algunas prendas de ropa, su cama, un fusil, una libra de pólvora y unas balas, un poquito de tabaco, un hacha, una navaja, un pequeño caldero, una biblia, algunos otros libros religiosos y sus instrumentos y libros náuticos. A pesar de la escasez de estos recursos, pronto logró satisfacer todas sus necesidades. Durante los primeros ocho

meses le costó mucho trabajo vencer su melancolía y soportar los horrores de la soledad. Construyó dos chozas con troncos de árboles que cubrió con cañas y revistió con pieles de cabra. Una de ellas le servía de cocina, mientras en la otra dormía y oraba. Terminadas sus provisiones de pólvora, aprendió a hacer lumbre frotando dos pedazos de madera. Nunca había sido tan piadoso como durante el tiempo de su estancia en la isla. Hacía sus oraciones y cantaba sus salmos día tras día. En el primer año, ya fuera abatido por la tristeza o por la falta de pan y sal, no comía hasta sentirse obligado por el hambre, y solía acostarse cuando el cansancio ya no le permitía tenerse de pie.

Tenía a su disposición pescado en abundancia, pero le era imposible comerlo sin sal. Por otra parte había langostas sabrosas y gran multitud de cabras y, además, nabos que procedían de la simiente que en años anteriores otros piratas habían sembrado. Al acabársele la pólvora, su fusil resultó inútil, y se acostumbró a cazar las cabras con las manos. En esta práctica pronto llegó a tal perfección, que corría por la selva y los montes y las rocas a mayor velocidad que las mismas cabras. “Tuvimos ocasión de comprobarlo nosotros mismos”, cuenta el capitán Rogers, “y vimos como Selkirk en la caza de cabras, adelantándose a un perro que tenían a bordo, alcanzó a la chiva y la trajo sobre sus hombros.” Al perseguir a una cabra un día cayó en un barranco y por poco pierde la vida. A duras penas logró salir de aquel abismo, y volver a su choza.

Transcurrido un año, y habiéndose acostumbrado a los males y privaciones inevitables, Selkirk vivió bastante bien y feliz. Cuando su calzado y medias se habían gastado, sus pies se habían endurecido de tal manera, que podía emprender sin molestia las caminatas más largas aun en territorio muy pedregoso. Después de su liberación, tardó años hasta poder acostumbrarse a usar calzado. Cuando se habían deshecho sus vestidos, se hizo un chaleco y pantalones cortos, y una gorra de pieles de cabra, uniendo las diferentes pieles con tiras delgadas de cuero. Un clavo le servía de aguja, y cuando se hubo desgastado su navaja, se fabricó otra de un aro de hierro que encontró tirado en la playa. Para pasar el tiempo, Selkirk amaestró a gatos y chivitos, enseñándoles a bailar y grabó su nombre en rocas y árboles. Gatos y ratas que procedían de los barcos que anteriormente habían visitado la isla, y que se habían multiplicado de una manera formidable, molestaban extraordinariamente al hombre solitario. Las ratas no dejaban de roer sus vestidos mientras dormía, y hasta le mordieron los pies. Para librarse de esta plaga asquerosa, domó a algunos gatos, dándoles de comer carne fresca de cabra. Pronto había domesticado a muchos y las ratas desaparecieron de aquél lugar. Mas ahora, centenares de gatos pernoctaban cerca de su choza, lo cual tampoco resultaba agradable.

Rogers dice, que Selkirk casi había olvidado el uso del lenguaje, hablando sólo en monosílabos o palabras sueltas, lo que al principio hizo muy difícil la

conversación. También le costó mucho trabajo acostumbrarse al aguardiente, legumbres y fruta.

En 1719 se publicó el Robinsón del autor inglés Daniel Defoe. En este libro se añadieron a las aventuras de Selkirk otras muchas inventadas por el autor; por ejemplo, la historia del rescate del Indio Viernes es una invención de Daniel Defoe. El libro tuvo gran aceptación y se tradujo a casi todos los idiomas europeos, siendo redactado de maneras muy diversas. Aún hoy día los cuentos de Robinsón son una lectura grata y amena para los niños.

SECCIÓN RECREATIVA

UN EXPERIMENTO

Vamos a hacer pasar por el cuello de una botella, que no sea demasiado pequeño, un huevo.

Empezaremos por introducir en la botella un papel ardiendo. Después cocemos un huevo, le quitamos la cáscara, le ponemos en la boca de la botella y sin que le empujen, él solito se va escurriendo poco a poco hacia dentro.

¿Cómo ha sido esto?, preguntareis. Pues mirad, al meter en la botella el papel ardiendo, se ha producido dentro de ella el vacío y la atmósfera (el aire que la rodea) ejerce una gran presión sobre el huevo, por la cual éste va entrando lentamente hasta llegar al fondo de la botella.